

todas estas provocaciones, mántiense expresamente la tregua de veintiocho años, confirmada cada año y aun varias veces anualmente. El rey de Inglaterra necesitaba todavía la paz para combatir al rey de Escocia, que había roto de nuevo las hostilidades, y en el país de Gales al aventurero Owen Glendowr, cuyas partidas asolaban todos los años las llanuras que se extienden al Este de las montañas galenses.

Mucho más prudente y más práctica era la política del duque de Borgoña, el cual consiguió un gran triunfo en Bretaña. Después de la muerte de Juan IV, la duquesa Juana de Navarra, tutora de sus hijos menores, había manifestado simpatías por los ingleses, y en 1402 decidía y negociaba su matrimonio con Enrique IV. El duque de Borgoña logró que los Estados del ducado le confiaran la tutela de los niños de Bretaña y la regencia, en lugar de la duquesa, que se embarcó para Inglaterra. Pero Felipe *el Atrevido* quería la paz entre ambos reinos, que era necesaria para el comercio y la industria de Flandes. En agosto de 1403, pocos días después de los retos del duque de Orleans, las ciudades flamencas, temerosas de que la guerra se reanudara, quisieron garantizarse por medio de convenios especiales, y Felipe *el Atrevido* obtuvo para ellas del rey de Francia autorización para negociar con los ingleses una tregua comercial y el compromiso de que los franceses no harían la guerra en territorio flamenco. El duque de Borgoña, así en Bretaña como en Flandes, atendía á sus propios intereses, pero éstos siquiera armonizaban perfectamente con los del reino.

Asimismo encontramos dos políticas en el Imperio, en donde Wenceslao, desposeído de sus derechos, según hemos visto, no aceptaba la decisión de la dieta que en lugar suyo había elegido á Roberto de Baviera. El duque de Borgoña era en Alemania aliado de la casa de Baviera y en Italia amigo de Florencia; el duque de Orleans, por el contrario, era aliado de la casa de Luxemburgo y amigo de Wenceslao, protector de su suegro el duque de Milán Juan Galeas Visconti. Después del fracaso de sus proyectos en Italia, el duque de Orleans acometió por el lado del Imperio empresas muy alarmantes para el duque de Borgoña, esforzándose por conquistar para su causa á los príncipes vecinos de los dominios borgoñones y bávaros. Y para chasquear al duque Esteban de Baviera, que pensaba casarse con la viuda del señor de Couci, cuya hija poseía ricos bienes y el castillo de Couci, á mitad del camino de París y de la frontera del Imperio, compró estos bienes pagando por ellos el precio exorbitante de 400.000 libras tornesas. Mediante una cantidad de dinero, obtuvo en 1401 el homenaje del duque de Güeldres, cuyas tierras lindaban con las de la casa de Baviera, y pudo de este modo amenazar la liga borgoñona y bávara. Procuró sacudir la apatía de Wenceslao para organizar en Alemania la resistencia contra Roberto de Baviera; se hizo confiar la custodia de Toul, que había invocado la protección del rey de Francia, y por último, aprovechándose de los apuros de la casa de Luxemburgo, hízose reconocer por Wenceslao como gobernador de la totalidad, á la vez que como señor de una parte del ducado luxemburgués, cuyas plazas ocuparon en 1402 sus guarniciones. Desde aquel momento, las posesiones orleanesas, de Couci á las orillas del Rin, penetran sin interrupción en el Imperio

á manera de cuña entre los Estados borgoñones y los bávaros; y tan grande es el peligro que esto significa, que la dieta de Espira, reunida en diciembre de 1402, toma algunas disposiciones contra esta invasión. La alianza del duque de Orleans con el margrave de Baden aumentaba estas inquietudes, y se decía que Luis de Orleans quería llevar á Benedicto XIII á Roma y hacerse coronar allí emperador.

Parecía como si la fortuna estuviera al servicio de aquella ambición. En 16 de abril de 1404 cayó enfermo en Bruselas el duque de Borgoña, el cual el día 26 fué á implorar su curación á Nuestra Señora de Hal; y aunque se habían allanado los caminos por donde debía pasar el moribundo, á la llegada de éste al referido lugar su mal empeoró, falleciendo el duque al día siguiente. Un suntuoso cortejo, cuyos asistentes llevaban todos largas vestiduras de luto parecidas á las que ostentan las estatuas de su sepulcro, acompañó al cadáver al través de la Champaña hasta Dijón. El nuevo duque, Juan *Sin Miedo*, y su hermano Felipe habían salido á recibir el entierro á Saint-Seine; cien pobres vestidos de negro, el clero en procesión, los concejales y los ciudadanos esperaban á las puertas de la ciudad. Celebráronse suntuosos funerales en los Dominicos, y los restos de Felipe *el Atrevido* fueron sepultados en la iglesia de la cartuja de Champmol, que con esta intención había él fundado.

### III.—Juan «Sin Miedo» y el asesinato del duque de Orleans (1)

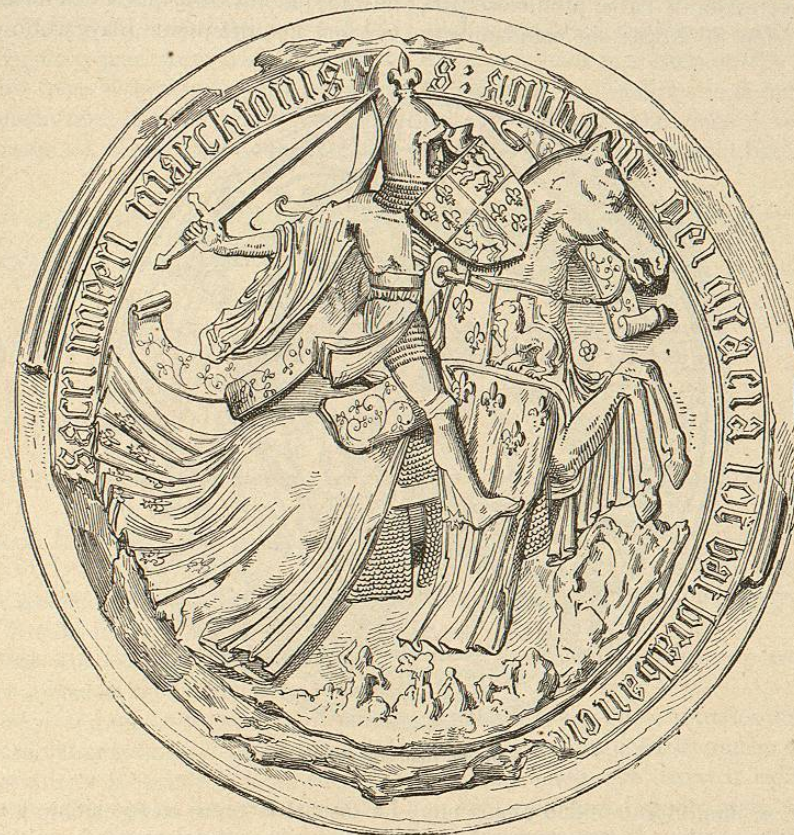
Juan *Sin Miedo* contaba treinta y cuatro años; tenía la cabeza grande, los pómulos salientes y las facciones fuertemente acentuadas; carecía de delicadeza y de gracia, y su expresión reflejaba maldad y desconfianza. Era bajo de estatura, hablaba con dificultad, era de mala presencia, llevaba vestiduras remendadas, jamás arriesgaba en el juego grandes sumas, y no era pródigo más que en promesas y compromisos que le costaba muy poco dejar de cumplir. Pero en cambio hallábase al corriente de todo, y estaba dotado de una inteligencia activa y hábil. Sabía ser muy valiente, cuando convenía, como lo demostrará en la cruzada de Nicopoli y en la lucha contra los liejenses, y libre de todo orgullo, tenía el don de conquistarse amigos y servidores. Finalmente, tenía una ambición desmedida é inquieta y era de voluntad indecisa.

El nuevo duque de Borgoña dejó por el momento libre el campo al duque de Orleans, pues ocupado en tomar posesión de sus bienes y en liquidar los bienes de su padre, vióse en la necesidad de permanecer fuera de París durante diez y seis meses casi sin interrupción. La reina Isabel, á pesar de haber renovado con Juan *Sin Miedo*, en febrero de 1405, los «convenios» por los cuales habíase aliado con Felipe *el Atrevido*, inclinábase ahora hacia el partido del duque de Orleans, el cual había hecho elevar á la paria sus pose-

(1) FUENTES.—*Enquête du prévôt de Paris sur l'assassinat du duc d'Orleans*, publicada por P. Raymond, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», XXVI, 1865.  
OBRAS DE CONSULTA.—V. de Virville, *Assassinat du duc d'Orleans*, «Magasin de la Librairie», VII, 1859. Sellier, *Le Quartier Babelte*, 1899.

siones de Couci y Soissons. Para contrabalancear los matrimonios recientemente acordados entre el delfín y María de Borgoña y entre Felipe de Borgoña y una hija del rey, Isabel, hija mayor de Carlos VI y viuda de Ricardo II, es prometida á Carlos, hijo del duque de Orleans. Y en 6 de junio de 1404 el duque es nombrado teniente y capitán general en Normandía y Picardía, y al mismo tiempo estrecha sus alianzas y concierta otras nuevas, especialmente por el lado del Imperio.

de Borgoña se encontraron por vez primera y durante unos veinte días frente á frente en el consejo, y á partir de aquel primer contacto hubo entre ellos, «cualquiera que fuese la cara que uno á otro se pusieran, rumor y envidia.» En el mes de marzo, habiendo Juan *Sin Miedo* regresado á los Países Bajos, el duque de Orleans hace decretar un nuevo subsidio para la guerra inglesa; pero el duque de Borgoña declara que no regirá para sus dominios, y en agosto sale de Arrás, reuniéndose á



Sello de Antonio de Brabante

A principios de 1405 es el dueño del numerario, y no siendo éste suficiente, disminuye el valor de las monedas. Apresura el duque la fabricación de especies nuevas y para asegurar el beneficio ordena á los jefes de la moneda el secreto más riguroso; pero la cámara de las cuentas hace comparecer á éstos, les obliga á excusarse y les prohíbe tocar la moneda sin su consejo, orden que provenía del rey. Poco tiempo después, á propósito de un viaje del duque de Orleans, díjose que había querido apoderarse de Normandía y que sólo el restablecimiento de la salud del rey había impedido la realización de tal proyecto, afirmándose que Carlos VI había roto las letras ya acordadas. Tales rumores habían sido sin duda provocados por alguna tentativa del duque para apropiarse del dinero de los subsidios ó de las rentas del real patrimonio en Normandía. El escándalo fué tan grande, que un monje agustino, Jacobo le Grand, que nada tenía de borgoñón, en un sermón predicado ante el corte en mayo ó junio de 1405, atrevióse á aludir al duque de Orleans y á la reina y á echarles en cara sus gastos insensatos y sus placeres, renovando sus ataques delante del rey á ruegos del mismo Carlos VI.

A fines de febrero de 1405, los duques de Orleans y

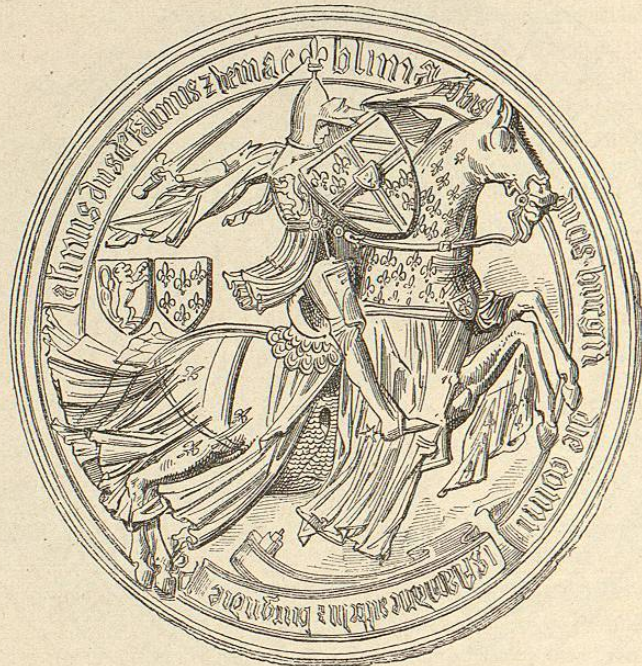
las puertas de París un verdadero ejército borgoñón. El duque de Orleans, por su parte, ha amonestado á sus vasallos, y al cabo de algunos días hay «multitud de gentes armadas en Brie, Gatinais, Beauce y Sologne.» La reina y el duque de Orleans, al saber que se aproximaba Juan *Sin Miedo*, habían salido de París, dejando allí al rey y al delfín. El duque, volviendo sobre su acuerdo, envió á buscar al delfín; pero Juan *Sin Miedo*, que había atravesado París sin detenerse y forzado el galope de sus caballos «á punta de espada,» alcanzó en Juvisi al niño y lo volvió apresuradamente á la corte.

Entonces Juan *Sin Miedo* desempeñó el papel de reformador y justiciero, y estando como estaba enfermo el rey, hizo presentar al delfín y á los príncipes un largo memorial de quejas, doliéndose del estado precario en que se tenía al rey, de la mala justicia, de la ruina del real patrimonio y de las exacciones. Dirigióse también al Parlamento y á la cámara de las cuentas con una exposición á la cual contestó pocos días después el duque de Orleans con un alegato en el que trataba á su rival sin ningún miramiento. Pero los dos grandes tribunales de justicia y de hacienda guardaron una prudente neutralidad, y lo propio hicieron los ciudadanos

de París á pesar de los ruegos del duque de Borgoña y de las simpatías que en la ciudad se manifestaban en favor suyo.

La gran dificultad de mantener á las tropas amontonadas en París y en los alrededores decidió á los príncipes á realizar una de esas falsas reconciliaciones que tan frecuentes eran en aquellos tiempos, quedando restablecida la concordia en 16 de octubre de 1405, después de dos meses de conflicto agudo. La reina y el duque de Orleáns regresaron á París; prohibióse para lo porvenir toda reunión de tropas sin mandamiento

y del ducado de Guiena y en realidad del mar.» Juan, que había anunciado su intención de reconquistar Calais, pretendió no haber recibido el dinero necesario y nada intentó. En cambio, la campaña de Guiena organizóse sin perdonar gasto alguno. Burdeos era presa de gran inquietud y el arzobispo se quejaba al rey de Inglaterra de que, á fuerza de pedir socorro, su voz había-se «vuelto ronca.» Pero aquel gran esfuerzo no condujo en tres meses (octubre de 1406 á enero de 1407) á otra cosa que á dos fracasos del duque de Orleáns, uno delante de Blaye y otro delante de Bourg.



Sello de Juan Sin Miedo

real, y los dos rivales se juraron fraternidad y cada uno llevó las órdenes y divisas del otro. «De allí en adelante con frecuencia bebieron, comieron y durmieron juntos;» pero «Aquel que conoce el pensamiento de los corrales, dice Monstrelet, sabe de sobra lo que había de ello.» En efecto, el 1.º de diciembre el duque de Orleáns formaba una nueva coalición con la reina y el duque de Berri, el cual abandonaba á su hermano para pasarse al partido de su sobrino.

En aquel momento reavivábanse poco á poco las hostilidades con Inglaterra: habíase reanudado el corso por mar, que fué sumamente activo, sobre todo en 1405 (1). Aquel mismo año una expedición francesa llamada por Owen Glendowr, que había sublevado el país de Gales, había desembarcado en la costa galense y avanzado hasta el valle del Savern, cerca de Worcester, sin hacer, por otra parte, nada más. Ambos duques quisieron distinguirse en aquella reanudación de la guerra inglesa: el de Orleáns trataba de hacer algo grande y el de Borgoña no quería mostrarse menos emprendedor. El rey nombró á Juan Sin Miedo lugarteniente suyo en Picardía y al de Orleáns lugarteniente «de los países

(1) Gutierre Díaz de Gómez, alférez del capitán castellano Pedro Niño que en compañía de Carlos de Savoisi fué á asolar las costas de Inglaterra, nos ha dejado un relato muy curioso de la campaña marítima de 1405 en el *Victorial*, traducción de Circourt, 1867.

La disentería entró en su ejército y el tiempo era tan malo que sus «gentes tenían barro hasta las rodillas,» por lo que el duque regresó á París completamente derrotado.

El odio entre los dos rivales aumentaba de día en día: Juan Sin Miedo reprochaba á Luis de Orleáns el haberle hecho fracasar la empresa de Calais, y ambos príncipes adoptaban actitudes de guerra civil. Luis había escogido por emblema un bastón nudoso con estas palabras: *Je l'enmuie* (le mortífico), y el duque de Borgoña un cepillo de carpintero con la divisa flamenca: *Ich oud* (lo tengo en mi poder), y después de muchos meses de ausencia ó de enfermedad, encontráronse en septiembre de 1407 en París y en el consejo, mostrándose muy excitados el uno contra el otro. En el mes de noviembre, el duque de Berri consiguió reconciliarlos una vez más, comulgando ambos en la misma hostia en la iglesia de los Grandes Agustinos; y á la salida de un banquete el duque de Borgoña recibió el orden del Puerco Espín de manos del duque de Orleáns, «quien se la puso al cuello, besándose uno á otro con lágrimas de alegría.» Aquella fué la última comedia que representaron juntos.

El día 23 de noviembre de 1407, á la caída de la tarde, el duque de Orleáns había ido á ver á la reina Isabel, la cual acababa de dar á luz al duodécimo hijo y que habitaba entonces en el Marais, en el palacio

Barbette. A cosa de las ocho un escudero del rey fué á decir al duque que el monarca le llamaba á toda prisa, oyendo lo cual Luis partió acompañado de unos diez hombres de á caballo y de á pie y alumbrado por dos ó tres antorchas que le precedían. El duque iba montado en su mula y «sus hombres que debían seguirle no se apresuraban.» Descubierta la cabeza, «divertíase con un guante y una manopla y cantaba.» De pronto oyéronse gritos de muerte, y los que se atrevieron á mirar vieron á un caballero «de rodillas en medio de la calle.» Seis ú ocho individuos, con el rostro tapado, le asestaban mortales golpes, para parar los cuales extendió aquél una ó dos veces el brazo; después murmuró algunas palabras y «en seguida cayó tendido cuan largo era en mitad de la calle.» Las antorchas fueron inmedia-

mentar; entonces Juan Sin Miedo, llamando aparte al rey de Sicilia y al duque de Berri, les declaró bruscamente que «por la introducción del diablo había él ordenado aquel homicidio» y que en su casa, en el palacio de Artois, se habían refugiado los asesinos. Los príncipes «quedaron tan asombrados y llenos de tristeza, que apenas pudieron contestarle,» y volviendo al consejo levantaron la sesión sin pronunciar palabra. Al día siguiente, Juan Sin Miedo quiso volver á presentarse en el consejo, pero el duque de Berri le salió al encuentro y le dijo: «Sobrino político, por hoy no entrés en el consejo, pues á ninguno gusta que estéis en él.» El duque, temeroso de tener que habérselas con la justicia real, regresó al palacio de Artois y con cinco ó seis jinetes salió de la ciudad al galope, no parando hasta Bapaume, adonde

quere, Gualter prendit p accepta en gre hec chof de flus deb  
 ex parte pna pte de duobus confor su  
 Jo xpi somnu nru nru  
 Loye

Últimas líneas del testamento de Luis, duque de Orleáns. (Archivos Nacionales, París.)

tamente apagadas en los charcos y la pandilla desapareció.

Poco á poco la escolta, dispersada por el miedo, juntóse nuevamente y todos los que habían oído el ruido salieron de sus casas, encontrando primeramente á un joven escudero de Alemania medio muerto, que llamaba á su amo, y luego al propio duque de Orleáns, el cual fué transportado al palacio de Rieux, adonde acudió el preboste para hacer las primeras indagaciones, y desde allí conducido á la iglesia de los Blancs-Manteaux. Al día siguiente celebráronse los funerales del hermano del rey; los príncipes sostenían las puntas del paño «llorando y lanzando grandes gemidos;» pero de «todos ellos el duque de Borgoña fué el que dió muestras de mayor duelo.»

¿Quién había cometido el asesinato? El 24 de noviembre, después de los funerales, se reunió el consejo. Cerráronse las puertas de París y el preboste hizo rápidamente sus pesquisas, habiendo demostrado los testimonios que logró reunir que el delito había sido premeditado. Desde hacía algunos días habíase instalado en el palacio de la Imagen de Nuestra Señora, en la calle Vieja del Temple, una pequeña pandilla mandada por Raoulet de Anquetonville, señor normando, antiguo general consejero de los subsidios y hombre de mala fama, y por los dos hermanos Courteheuse. Después del crimen, todas aquellas gentes habían escapado favorecidas por las sombras de la noche.

El 25 de noviembre el preboste presentó ante el consejo y dió un breve informe, diciendo «que todavía no podía saber la verdad» y añadiendo que si le permitían entrar en los palacios de los servidores del rey y también en los de los príncipes, «por aventura, como creía, encontraría la verdad de los autores ó de los cómplices.» El rey de Nápoles y los duques de Berri y de Borbón le concedieron la autorización que parecía soli-

llegó en la mañana del 27. Anquetonville y sus compañeros siguieron de cerca á su amo, siendo por éste recompensados con dinero y honores cortesanos.

#### IV.—Armagnacs y borgoñones

Grande fué el duelo entre los príncipes, pero no en el pueblo, pues desde hacía mucho tiempo el duque era muy impopular. De diversos lados, por algunas letras de remisión, han llegado hasta nosotros multitud de conceptos contra él vertidos, que fueron oídos en el país de Caux por el cronista Pedro Cochón, el cual nos dice que el duque de Orleáns no «hacía más que pensar en cómo podría hacer morir al rey, porque jamás ha habido criatura más mala que él,» añadiendo que el «pueblo decía que el rey estaba sano ó enfermo cuando Monsieur de Orleáns quería» y que la reina y él «no tendían á otra cosa que á arruinar al pueblo con crecidos pechos.» El duque de Borgoña, en cambio, era considerado como el defensor del pueblo. Felipe el Atrevido y Juan Sin Miedo habíanse conquistado gran popularidad con sus protestas contra los subsidios propagadas por todo el reino, y al segundo se le atribuía todo un programa de reformas. Su gobierno, decíase, sería la paz y la abolición «de todas las gabelas, imposiciones... que existían en perjuicio del pequeño pueblo.» «Y creíase en Normandía que quería el de Borgoña que el reino fuera gobernado por los tres Estados, como sucedía en otro tiempo, con provecho para el rey y para el pueblo, y que los buenos labradores y comerciantes pudieran vivir en paz merced á un buen gobierno.» Por esto la confesión de Juan Sin Miedo no produjo la menor manifestación de cólera; por todas partes hablábase en voz baja de aquellos trágicos acontecimientos y «unos á otros comenzaron á decirse en secreto: «El bastón nudoso está alisado.»

Tampoco la Universidad se conmovió por aquel crimen: el duque de Orleans no era el hombre que deseaba y le guardaba rencor por haber respondido á veces con altanería á sus diputaciones oficiales. Sobre todo la política del príncipe, favorable al papa de Aviñón, había sido totalmente contraria á la política de la Universidad: á pesar de él, habíase realizado la substracción de obediencia; la restitución de ésta había sido su desquite, y la Universidad no se lo había perdonado.

Semejante estado de la opinión hacía improbable el castigo del crimen. Luis de Orleans dejaba una viuda, la hermosa Valentina Visconti, y tres hijos, el mayor de



Sello de Carlos de Orleans

los cuales, Carlos, en lo sucesivo duque de Orleans, contaba diez y seis años. Valentina Visconti salió de Château-Thierry, en donde había sabido el crimen, con su hijo pequeño y su nuera, Isabel de Francia, vestidas de negro y en carruajes cubiertos con negros paños, habiendo llegado á París en 10 de diciembre. Por aquel entonces el rey se restableció en extremo conmovida. El 21 de diciembre, Valentina hizo defender su acusación ante Carlos VI por un abogado, y el rey prometió cumplida y pronta justicia: algunos días después, el duque de Borgoña era excluido del gobierno en

**1408** caso de regencia. Nada más pudo obtener Valentina Visconti, la cual á mediados de enero de 1408 fué á ocultar tristemente su pena en Blois.

Los príncipes no estaban realmente dispuestos á entablar la lucha contra tan temible adversario como el duque de Borgoña, á quien por de pronto no querían exasperar. Juan Sin Miedo, después de haber hecho aprobar su conducta por sus parientes y por sus súbditos de Flandes, regresaba en actitud amenazadora y en enero de 1408 anunciaba desde Amiéns que llegaba para justificarse, saliendo los príncipes á su encuentro para negociar con él. Había el de Borgoña llamado á Amiéns á varios maestros de la Universidad, entre ellos al maestro de teología Juan Petit, «para que le aconsejaran acerca de algunas cosas secretas concernientes á su honor.» El rey de Sicilia y el duque de Berri le suplicaron que no se presentara en París sin orden expresa del rey, á lo que él contestó declarando su intención de entrar en la capital «con todo honor y dignidad.» El

28 de febrero, á su llegada á París, el pueblo «manifestaba gran alegría y hasta muchos niños en varias encrucijadas gritaban en alta voz: «¡Navidad!» Ocho días después celebrábase una gran reunión en el palacio San Pablo, y allí en presencia del delfín, del rey de Sicilia, de los duques de Berri, de Bretaña, de Bar y de Lorena, ante un auditorio cuidadosamente escogido, Juan Petit, «sin mudar la voz,» leyó desde las diez á las dos una larga apología del asesinato de Luis de Orleans. En aquel trabajo, para el cual había tomado por texto *Radix omnium malorum cupiditas*, patentizó que «la codicia, fuente de todos los males,» conduce al crimen á los que por ella están dominados y hace del príncipe un tirano á quien es lícito destruir; ahora bien, el duque de Orleans fué un «verdadero tirano» y por consiguiente el duque de Borgoña tenía el derecho y aun el deber de destruirlo. La menor de este silogismo, consagrado á los crímenes del difunto duque, revela cuántas fueron las calumnias inverosímiles que sobre la víctima acumularon Juan Sin Miedo y sus más adictos partidarios. Algunos días después la reina se llevaba el delfín á Melún, y Juan, dueño ya de París, aprovechó un aparente restablecimiento del rey para arrancarle las letras de perdón.

A principios de julio de 1408, el duque de Borgoña salía de París á causa de las malas nuevas recibidas de Lieja, según las cuales su cuñado, el arzobispo, hallábase sitiado por sus súbditos en Maestricht. Inmediatamente después de su salida, regresaron á la capital la reina y el delfín, á quienes no tardaron en seguir la duquesa de Orleans y el joven duque Carlos. Valentina y su hijo lograron que se les permitiera replicar á la proposición de Juan Petit. La asamblea del 11 de septiembre fué tan solemne como la de 8 de marzo, habiendo asistido á ella los mismos príncipes que á la anterior concurren. Pronunció la réplica el abate de Cerisi, el cual en su arenga, mucho más larga y elocuente que la de Juan Petit, apeló de nuevo á la justicia real, que no puede ser invocada en vano cuando se trata del propio hermano del rey. Las conclusiones rigurosas entregadas al monarca pedían para el duque de Borgoña las penas más severas y más humillantes.

El gobierno real se veía más que nunca traqueteado entre los dos partidos. La guerra de palabras desencadenada en París excitaba los odios. Durante la ausencia de Juan Sin Miedo, motivada por la proposición del abad de Cerisi, los príncipes, entonces favorables á la causa de Orleans y que gobernaban en nombre del rey y del delfín (los reyes de Sicilia y de Navarra, los duques de Berri, de Borbón y de Bretaña), comenzaron á adoptar medidas enérgicas, decidiendo que se procediera contra Juan Sin Miedo «con todo rigor y según los términos de justicia,» y que en el caso de que no se sometiera, el rey iría á hacerle la guerra «con todas las mayores fuerzas que pudiera.» Anuláronse las letras de perdón otorgadas al asesino y se reunieron tropas en París y fuera de la capital; pero todo aquel ardor decayó muy pronto. En el otoño, Juan Sin Miedo venció á los liejenses, combatiendo á los cuales se conquistó el dictado de *Sin Miedo*, y su prestigio había aumentado considerablemente. De vuelta en Lilla, celebraba allí conciliábulos con los príncipes de su familia y permanecía rodeado de sus tropas victoriosas. Su regreso á París parecía inminente y tan grande fué el espanto que

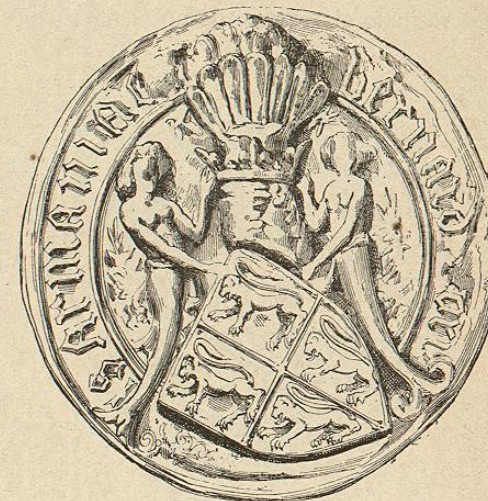
ante tal perspectiva se apoderó de la corte, que de repente, en 10 de noviembre, el rey se embarcó secretamente en el Sena y la reina y los príncipes salieron por la puerta de San Jacobo. Carlos VI instalóse en Tours en espera de los acontecimientos. Juan Sin Miedo, al tener noticia de estos sucesos, hizo sus preparativos, púsose lentamente en camino y entró en París el 28 de noviembre. Valentina Visconti acababa de fallecer; su hijo no contaba más que diez y ocho años y los príncipes que se habían comprometido en favor suyo no se atrevían á proseguir la guerra civil. Hubo una primera reconciliación aparente que se convino en Chartres en 9 de marzo de 1404, y el rey y la reina regresaron á París; pero al siguiente año se renovó el conflicto y los dos príncipes enemigos se encontraron todavía frente á frente delante de París; mas como los dos bandos carecían de dinero y de víveres, orleanistas y borgoñones vacilaban en comenzar la lucha, por lo que en 2 de noviembre de 1410 pactóse en Bicetre un nuevo arreglo, que fué tan frágil como los anteriores.

Durante estos primeros armamentos habíanse constituido los partidos. El joven duque de Orleans, después de una serie de conferencias y de convenios, unió fuertemente á su causa á los duques de Berri, de Borbón y de Bretaña, á los condes de Clermont, de Alenzón y de Armagnac y al condestable de Albret; viudo de Isabel de Francia, casó con la hija del conde Bernardo VII de Armagnac, de donde el nombre de su partido, los armagnacs, asegurándose con este enlace el concurso de temibles contingentes de gascones. Juan Sin Miedo tenía de su parte á su familia, el duque de Brabante y el conde de Nevers, hermanos suyos, y el conde de Charolais, su hijo, y además al duque de Lorena, á los condes de Hainaut, de Namur, de la Marca, de Saint-Pol y de Penthièvre, al obispo de Lieja, á la nobleza de Artois, de Picardía y de Borgoña, y por último á los señores alemanes.

A pesar de las precauciones adoptadas en el tratado de Bicetre para organizar un gobierno independiente de los partidos, los borgoñones habían poco á poco invadido el consejo real y acabado por ser dueños del mismo. En la primavera de 1411 reanúdanse las demostraciones hostiles y los armamentos, y aunque la reina y el delfín tratan de interponerse, y se prohíbe el tomar armas, y se desliga á señores y á caballeros de todo juramento de fidelidad hecho á otra persona que al rey, de nada sirven tales precauciones. En 4 de julio de 1411, el duque de Orleans lanza al de Borgoña un reto injurioso, al que Juan Sin Miedo responde al mes siguiente en estos términos: «Nos alegran sobre manera estas desconfianzas; pero por lo que hace al contenido de ellas, tú y tus hermanos habéis mentido falsa y deslealmente como traidores que sois.» Ahora estalla realmente la guerra civil.

Todo el mundo abraza un partido, quién el de los borgoñones, quién el de los armagnacs; tropas de uno ú otro bando llevan el saqueo á todas partes y por doquier cometen exacciones; en París, donde mandan los borgoñones, los armagnacs, declarados fuera de la ley, se ven obligados á huir; las bulas lanzadas por Urbano V contra las compañías medio siglo antes, publican en lengua vulgar y se comentan en el púlpito, y el domingo, en la plática de la misa conventual, los prin-

cipes armagnacs son excomulgados. Los borgoñones han adoptado como contraseñas una caperuza verde y la cruz de San Andrés en bandolera con la divisa «¡Viva el rey!» y los que se niegan á llevarlas son amenazados; hasta las estatuas de las iglesias las ostentan. Confiscanse los bienes de los armagnacs; el palacio de Nesle y el castillo de Bicetre, propiedades del duque de Berri, son asaltados y saqueados; casi nadie se atreve á bautizar á los niños cuyos padres no son borgoñones, y si hemos de dar crédito á Juvenal de los Ursinos, basta decir «este es un armagnac» para que la persona así designada sea inmediatamente encarcelada, sometida al tormento y condenada á muerte. «En verdad inspiraba



Sello del conde Bernardo VII de Armagnac

tan poca compasión el matar á esas gentes como el matar perros.» Los mismos cadáveres de los armagnacs permanecían insepultos «y eran muy inhumanamente devorados por los perros, aves y otros animales.»

Fuera de París, como el rey está dominado por el duque de Borgoña, les están vedados á los armagnacs puertos, puentes y pasos. En 1410 la municipalidad de Caén ordena que se incendien las casas de los partidarios del duque de Orleans; y en mayo de 1412, en Dijón, se expulsa de la ciudad á todos los «que son de los países adversarios del rey y de monseñor el duque.» Los aldeanos se sublevan y sacian antiguos odios y reaparecen cuadrillas de bandoleros franceses, gascones, españoles é ingleses.

Mayor gravedad ofrece todavía el hecho de que ambos príncipes soliciten la ayuda del rey de Inglaterra. El duque de Orleans no pedía, al principio, más que estas desconfianzas; pero por lo que hace al contenido de ellas, tú y tus hermanos habéis mentido falsa y deslealmente como traidores que sois.» Ahora estalla realmente la guerra civil. Todo el mundo abraza un partido, quién el de los borgoñones, quién el de los armagnacs; tropas de uno ú otro bando llevan el saqueo á todas partes y por doquier cometen exacciones; en París, donde mandan los borgoñones, los armagnacs, declarados fuera de la ley, se ven obligados á huir; las bulas lanzadas por Urbano V contra las compañías medio siglo antes, publican en lengua vulgar y se comentan en el púlpito, y el domingo, en la plática de la misa conventual, los prin-